

# LOS PROBLEMAS DE UNIDAD Y LA REUNION DE BUDAPEST

**L**a unidad, como fuerza política, ¿es una realidad o es un error? Hace unos años, presentar esta pregunta en el seno de una organización política de cualquier tipo o de cualquier signo hubiese sido un puro disparate. La idea de «la unión hace la fuerza», que se encuentra en el abanico de la paremiología de casi todos los países, en una u otra forma, era una idea sencillamente aceptada. Aún hoy, para muchos, parece difícil desprenderse de la fuerza como mística que encierra esta formulación, a la que se ha dado el sentido mismo de la historia: la humanidad avanza del clan a la tribu, de la tribu a la horda, de la horda a la región, a la nación; y las naciones comienzan a integrarse en grandes sistemas continentales o mundiales. Desde esta observación se ve al mundo «unificarse». Pero, al mismo tiempo, se ve en nuestros días una serie de fenómenos, parciales o locales, por los que tienden a la desunión, incluso al estallido, elementos o conglomerados que se consideraban dotados ya de unión, o de «unificación». Me refiero ahora, concretamente, a la conferencia de partidos comunistas celebrada en Budapest, como preparatoria de otra de mayor envergadura que ha de celebrarse antes de que termine el año en Moscú, en la que ha quedado muy en duda la tesis de la unidad en el mundo comunista a partir de la ausencia de una parte de los países de régimen comunista y con el sobresalto mayor de la retirada de la delegación rumana. Me puedo referir a otros fenómenos contemporáneos. Han fallado en nuestros tiempos los intentos de unión de grandes conjuntos de población de los que se había esperado mucho: desde la unidad de los países afroasiáticos, expresada en Bandung, hasta los grandes sistemas continentales africanos. Han estallado las «federaciones», que quiso dejar como herencia la descolonización británica, y alguno de los países de reciente formación. La guerra de Nigeria obedece a uno de estos fenómenos de desunión. Ciertamente, en todos estos casos actúan fuerzas externas que favorecen las rupturas, pero no podrían actuar si no hubiese unas bases de ruptura. Con cierta ingenuidad —y a veces con menos ingenuidad— se atribuyen estos hechos al carácter «primario» de los países que los sufren, a su tendencia a la regresión y a la vuelta a la naturaleza. Se suele, en estos casos, olvidar el hecho de que los vemos surgir en países de más alta civilización —entendiendo como civilización, exclusivamente, nivel cívico, o conciencia ciudadana y nacional—: es el caso del Canadá, es el caso presente de Bélgica, con siglo y medio de unificación detrás, con la superposición de organismos internacionales que le dan categoría de país-capital europea (la OTAN, el Mercado Común) y que, sin embargo, tiende continuamente a rechazar el estado unitario. En países de más antigua formación nacional se observan aún fenómenos regionalistas.

Aisladamente, se puede estudiar cada uno de estos fenómenos y llegar a consecuencias analíticas satisfactorias, a «porqués» capaces de explicar cada caso. Se puede entender el fenómeno de Nigeria aludiendo al encuentro inevitable entre grupos de fuerte religión musulmana con grupos cristianizados y animistas; pero si se

aplica esta clave al mundo árabe se verá que una sola religión —y un solo idioma, con algunas variantes, y una sola actitud frente a los fenómenos humanos— no produce la unidad, y entonces tenemos que acudir a la división en regímenes, entre monarquías y socialismos árabes, entre doctrinas sociales. Lo cual tampoco es válido cuando se trata de utilizarlo para entender a Bélgica, donde el régimen monárquico no está —ahora— en discusión y donde la división atañe al partido socialista —que se pretende, doctrinalmente, internacionalista— y a la iglesia católica —católico=universal— y donde, sin embargo, socialistas y católicos flamencos se oponen a socialistas y católicos valones. Si todos estos análisis son válidos y reales para cada situación, dejan de serlo en cuanto al conjunto de situaciones, a menos que consideremos solamente lo que tienen todos ellos de comunes: un fracaso de la unificación.

Más claramente, estos hechos debían conducirnos a una reconsideración del fenómeno unitario, de cómo debe volverse a considerar su valor político; es decir, debemos ver si la «unificación» tiene un camino distinto de aquel por el que se la quiere llevar. La unión hace la fuerza; pero la fuerza no hace nunca la unión, o la hace momentánea, artificialmente. Las ciencias llamadas puras, que están cada vez más cerca de las ciencias humanas, nos pueden ayudar un poco en la comprensión. El precursor de la física moderna, Gibbs, estableció las bases del concepto de «entropía», llamando así a la tendencia del cosmos, de la naturaleza, a la «desorganización»; lo que con un concepto general se llama «vida» es, por el contrario, la lucha abierta contra la «entropía» en busca de la «organización». El principio de la vida es la «materia orgánica», es decir, el principio de organización. En una línea ascendente, la física de Gibbs ha conducido a la física de Norbert Wiener, llamada «cibernética». No es un azar que esta palabra esté fundada sobre una raíz griega, «kubernés», de la que se derivan términos políticos, como **gobierno**, o **gobernador**: es un estudio de la serie de relaciones e interrelaciones por las que se produce una organización que conduce a una acción eficaz capaz de recibir mensajes del mundo exterior y responder a ellos de una manera adecuada. Una gran base de la cibernética está depositada en la biología, que, a su vez, aprende de ella. Se tenía, en lejanos tiempos, el concepto de individuo como un concepto de unidad. Su propio nombre, razonado así por Aristóteles, lo explica: individuo=**indivisuum**, lo que no se puede dividir. Sin embargo, la biología moderna nos explica que el individuo está enormemente, infinitamente dividido: cada uno de sus órganos está diferenciado, y más aún, cada una de sus células tiene una alta especialización. La reciente aventura del doctor Barnard nos ha demostrado que es posible el trasplante del corazón, y en laboratorios rusos se ha realizado el trasplante de cabezas de perros; apurando estas aventuras hasta lo que hoy nos parece un disparate entero, se puede pensar en la construcción de un ser completo mediante una serie sucesiva de tras-



por **EDUARDO HARO TECLEN**

El soviético Suslov y el húngaro Kadar hablan en Budapest. Como deseaba la URSS, el principio de la conferencia mundial ha sido aceptado en las reuniones de esta conferencia preparatoria; pero los problemas de la unidad siguen en pie.

plantes de otros individuos... En el estudio de la sociología de las revoluciones se llega a la conclusión de que el término de «masa», aplicado a un movimiento humano de congregación, no existe realmente: cada individuo tiene su función, o la adopta, en un movimiento de masas; cada uno de ellos se conduce, aisladamente, como un «especialista» que descubre aquello que faltaba por hacer en el momento revolucionario, y toma una iniciativa de la que se benefician —o se perjudican, puesto que no hay por qué tener a priori la idea de que esta iniciativa es necesariamente acertada— los demás, la «masa», que a esta luz no aparece como amorfa o influenciada, sino como espontáneamente organizada. (El excelente libro de Luis Romero «Tres días de julio», con su desmenuzamiento de las acciones individuales en toda España y en todos los movimientos el 18, 19 y 20 de julio de 1936, puede contribuir mucho a una comprensión de este hecho). Un término hoy en boca, el de «estructuralismo», tiende a la explicación de estos fenómenos: se trata del estudio de las estructuras o sistemas en los que las partes actúan unas sobre las otras y cuya significación global no puede representarse por una simple suma. Un ejemplo fácil: la melodía no es solamente la sucesión de las notas de música que la componen. Una «masa» no es un tropel de diez mil hombres actuando «por un impulso ciego», como se decía antes, en un sentido, sino el intercambio de mensajes, funciones y acciones entre cada uno de ellos para ejercer una acción programada, predeterminada, aunque en algunos casos la acción parezca simultánea al programa, como el pensamiento parece a veces simultáneo a la acción en el individuo. Jean-Paul Sartre ha protestado contra la noción de estructuralismo diciendo que era «la última barricada de la burguesía» contra el marxismo; pero ideólogos comunistas la aceptan y la asumen (Pierre Daix en su reciente libro «Nueva crítica y arte nuevo», por ejemplo).

No sé si en esta larga y quizá lamentable exposición ha quedado claro que la nueva manera de enfocar el problema de la unidad política debe referirse más a un concepto de interacción y de organización que de disciplina y centralismo. En ciertas épocas de la historia esa fuerza ha sido de carácter positivo: por ejemplo, en la constitución de las nacionalidades, donde la fuerza del centralismo se oponía a la del feudalismo y suponía una etapa superior de «organización». ¿Es, hoy, positivo este fenómeno? En el caso de Nigeria, por ejemplo, es indudable que la constitución de un país amplio y único es una idea superior a la de su desmembramiento en tribus; pero la constitución se ha hecho conservando estructuras coloniales contra las que el país ya se había alzado hasta conseguir la independencia, es decir, de una manera artificial y por lo tanto inviable, puesto que no tenía en cuenta la incidencia de cada grupo sobre el comportamiento de los demás; algo así ocurrió en Chipre con la constitución forzada, que dosificaba las actuaciones de los grupos étnicos turcos y griegos de una manera forzada, según un patrón preestablecido que no correspondía al de su realidad funcional.

«Unificar» es, en castellano, hacer un todo de muchas cosas

«reduciéndolas a una misma especie». Ni en biología ni en física esta expresión tiene sentido; ni lo puede tener en sociología. En primer lugar, no se trata de «reducir» sino de «aumentar». En este sentido, «organización» se opone a la noción clásica de «unificación» y encuentra una fórmula más actual de expresión.

Son más o menos estos conceptos los que se han debatido en la conferencia preparatoria de Budapest entre unos sesenta partidos comunistas de todo el mundo. La fórmula italiana, modestamente expresada, «unidad en la autonomía y la diversidad» («preocupémonos menos de apretar nuestras filas que de ampliarlas»), resultó dramáticamente expresada por la delegación rumana, que utilizó el pretexto de un ataque sirio por la actitud de Rumania en la crisis de Israel para retirarse de la conferencia. Nótese que la actitud rumana es escasamente coherente puesto que su defensa de la individualidad dentro de la unidad debía hacerle aceptar el derecho del delegado sirio a la crítica; hasta el punto es incoherente esa actitud, que revela su carácter de pretexto. Acentuando el carácter estructural de su idea, los italianos han llegado a proponer que en la conferencia mundial de partidos comunistas se admitiesen «otras fuerzas» progresistas, no comunistas, «pero revolucionarias, que contribuyeran a ligar la conferencia a las realidades nacionales y continentales más diversas, y asegurarse así, de la manera más amplia, el carácter mundial de la conferencia». No parece que su idea se haya tomado en consideración. La misma manera «centralista» con que Moscú considera la cuestión está matizada y moderada. El órgano oficial del Partido comunista de la Unión Soviética, «Pravda», ha explicado que en ningún caso se trata de excomulgar («según la falsa leyenda difundida en Pekín y en Washington») a los partidos que se opongan «a la aplastante mayoría», sino que el movimiento es abierto y permite que todos los partidos, «especialmente aquellos que no han estado presentes en la reunión preparatoria, puedan participar en cada plano de la preparación de la gran conferencia internacional que se desea». El principio de la conferencia mundial ha sido aceptado, como lo deseaba la URSS, pero el porvenir del comunismo mundial depende muy seriamente de estos estudios de la preparación y la conferencia en sí. Los viejos resortes de la disciplina frente al enemigo común no juegan en el mundo de hoy más que en casos de urgencia o en situaciones que de por sí son arcaicas; no juegan ni en la derecha ni en la izquierda, ni en los reductos nacionales, ni en los planos espirituales; no tienen sentido. «Ningún partido debe imponer su voluntad a los otros», dice «Pravda» criticando a los disidentes de la reunión de Budapest, o a los que no han estado presentes y, sobre todo, a los que tratan de aplazar la gran conferencia mundial; la misma frase es la que estos partidos pronuncian con respecto al de la URSS. La falta de aceptación de estos principios del «estructuralismo dialéctico» de Marx, Hegel o Lukács —diferente del «estructuralismo sincrónico» de los pensadores franceses de la escuela de Levi Strauss— ha producido ya la ruptura entre China y Moscú; puede producir mayores daños si se sigue ignorando o soslayando.